

LA LITERATURA  
COMO UNIVERSAL HUMANO

RODRÍGUEZ ADRADOS, Francisco. *El río de la literatura. De Sumeria y Homero a Shakespeare y Cervantes*. Barcelona: Ariel, 2013.

*El río de la literatura. De Sumeria y Homero a Shakespeare y Cervantes*, cuya primera edición data de abril de 2013, se presenta ante el lector con dos avales inmejorables. El primero es el de su autor, Francisco Rodríguez Adrados. Maestro de lingüistas, historiadores de la literatura griega, latina e india y traductores de clásicos griegos y sánscritos, Catedrático Emérito de la Universidad Complutense y miembro de las Reales Academias Española y de la Historia, entre otras muchísimas distinciones, Rodríguez Adrados representa a una generación de filólogos que muy probablemente la universidad española no volverá a ser capaz de formar, a menos que se dé oído a las advertencias que el mismo autor

viene reiterando desde hace años de forma tan vehemente como sensata. El segundo es el de haber sido distinguido este libro en 2012 con el Premio Nacional de las Letras Españolas, la segunda vez que se concede a un filólogo tras el precedente de Martín de Riquer en 2000. De acuerdo con la nota de prensa facilitada por el Ministerio, el jurado ha valorado «la obra científica del profesor Rodríguez Adrados, centrada en la Filología griega, con valiosas incursiones en el campo de la Lingüística y, en particular, en el estudio del indoeuropeo y del sánscrito. Sus aportaciones lingüísticas (lexicografía y gramática) son mundialmente reconocidas, así como sus rigurosos ensayos literarios sobre la tragedia, la fábula y otros géneros de raíz helénica. Su obra es también la de un humanista que bebe en las mejores fuentes y que es, a la vez, una de las voces más autorizadas en Europa como defensor de las Humanidades clásicas».

Si el premio supone el reconocimiento a la trayectoria «literaria» de un escritor español, tal galardón se convierte en doblemente simbólico cuando se concede a *El río de la literatura*, pues esta obra representa el compendio de los saberes, descubrimientos, tesis y afanes que han ocupado y ocupan a Rodríguez Adrados durante su dilatada carrera. Su objetivo es demostrar por qué «el núcleo central de la Literatura Universal está en el corredor que forman Egipto y Oriente Próximo-Grecia-Roma-Edad Media Europea-Literaturas europeas y americanas modernas» (41), «corredor» al que el autor denomina el *río*

*de la literatura* y que define como una «secuencia de Literaturas con una progresión temporal y conexiones (y ampliaciones) territoriales, pero, sobre todo, con una cierta continuidad de forma y contenido de las literaturas» (45-46).

Desde la literatura egipcia y sumeria, Rodríguez Adrados sigue la dirección de este río a través de los territorios semítico, anatolio, indoeuropeo, griego, latino, bizantino, indoiranio, del occidente europeo medieval y eslavo hasta el siglo XVI, para cerrarse en 1616, «año de la muerte de las dos grandes personalidades literarias que fueron Shakespeare y Cervantes» (541), por cuyo simbolismo fue escogido este año ya en 1978 para dar título al órgano de la SELGyC en su antigua etapa y que prosigue ahora como *1616: Anuario de Literatura comparada*. A la descripción del curso superior del río precede una sección introductoria dedicada a la literatura oral y el concepto de «río de la literatura», mientras que a la del curso inferior prosigue una conclusión sobre la universalidad de la literatura y una justificación acerca de la clausura en 1616 y dos apéndices, dedicados, por una parte, a la cultura humanística y televisiva y, por otra, a la literatura y la crisis de las humanidades.

Es imposible en el marco de esta reseña dar cuenta detallada de una obra enciclopédica –en el noble sentido del adjetivo– como es *El río de la literatura*. Más hacedero es plantearse una serie de preguntas específicas que, quizás, arrojen luz complementaria sobre los datos ofrecidos y la posición disciplinaria desde la

que se analizan. De las múltiples posibles preguntas, me centraré en tres: 1.<sup>a</sup>) ¿quién es el destinatario del libro?; 2.<sup>a</sup>) ¿de qué tradición crítica se alimenta? y 3.<sup>a</sup>) ¿en qué marco conceptual debe situarse?

Por su estilo expositivo claro y directo, alejado de cualquier tentación de una erudición alambicada, *El río de la literatura* es una lectura instructiva y apasionante para cualquiera que esté interesado por la literatura. Ni siquiera cuando Rodríguez Adrados debe introducir datos técnicos muy específicos, tales como los relativos a la lingüística histórica y la fragmentación del indoeuropeo, de cuya rama III A las literaturas indoiranias constituyen «una derivación del Río Indoeuropeo diferente [...] de la griega y latina y las de otras lenguas indoeuropeas a partir de la Edad Media» (425) se vuelve oscura la explicación para el lector no versado en la materia. De provecho, por tanto, para quien quiera conocer la literatura desde sus orígenes hasta principios del siglo XVII, no puede pasarse por alto que este libro ha sido publicado por una editorial, Ariel, de referencia en el campo del ensayo y la edición académica y, más específicamente, en su colección «Letras», a la que pertenece un gran número de los manuales universitarios empleados en nuestras aulas. Es de esperar, en consecuencia, que *El río de la literatura* se convierta en una obra de referencia en seminarios introductorios a la «literatura universal», un campo que en España cuenta con las inestimables aportaciones de Martín de Riquer y José María Valverde (*Historia de la*

*literatura universal*) y Jordi Llovet (*Lecciones de literatura universal*).

«Literatura universal» es el término corriente en castellano, pero prácticamente vaciado de contenido, que, a partir del francés *littérature universelle*, traduce el concepto de *Weltliteratur*, el cual, si bien no fue acuñado por Goethe, debe a él su formulación más famosa. De ella es deudor el resurgir contemporáneo en el mundo académico anglosajón de la *world literature*, en especial a partir de los estudios debidos a David Damrosch (*What Is World Literature?* en 2003 y *How to Read World Literature* y *Teaching World Literature*, ambos de 2009). Ninguna de estas referencias se incluye en el libro de Rodríguez Adrados, lo cual es indicativo de que su posición al respecto es la de dar por sentado el contenido de esa *literatura universal* (la suma de las obras literarias de la humanidad), cuyo núcleo estaría constituido por su «río de la literatura», según se afirma en el pasaje arriba citado. En ocasiones, ambos conceptos parecen indistintos, como cuando se dice que «[t]eóricamente, el río debería contener todas las Literaturas de la humanidad» (46); en otras, el «río de la literatura» se convierte en sinécdoco de la literatura universal: «Esto es lo que intento en este libro, reduciendo el concepto universal de literatura, esto es, de la totalidad de los ríos literarios, a éste que es, *para nosotros al menos*, el más primario» (47, énfasis añadido).

Si en los Estados Unidos la lectura del concepto goetheano de *Weltliteratur* y el nuevo interés suscitado por la *world literature* en la

última década responden, de una parte, a la antigua necesidad pedagógica de proporcionar a los estudiantes de primer año cursos generalistas e introductorios que los doten de conocimientos literarios básicos y, de otra, a la superación del eurocentrismo inherente en conceptos como *Western Masterpieces* o *Western Literature* (si no superación, al menos el intento es conspicuo en las reformulaciones de las tres antologías más importantes, debidas a las editoriales Norton, Longman y Bedford), cabe preguntarse en qué medida propuestas como la de Rodríguez Adrados —única en la academia española, pues ni las contribuciones previas de Riquer-Valverde y Llovet se adentran en disquisiciones conceptuales y metodológicas— cuestionan ese eurocentrismo tan consustancial a la tradicional idea de «literatura universal». Ciertas afirmaciones parecen ir en una dirección contraria a la de ese cuestionamiento, como cuando, por ejemplo, en relación con la literatura en castellano se afirma que «fue la primera Literatura que prolongó nuestro Río al otro lado del Atlántico» (45), lo que implica una desconexión de la literatura precolumbina semejante al desinterés que el lector occidental debería experimentar por la literatura china frente a la sánscrita, que sí fluye en ese *rión central*. Hay aquí una clara contradicción con la discusión propuesta sobre lo universal literario, cuyo argumento central es que «los dominios de la religión, del rito y el mito, de la lengua y la literatura, son solidarios con el de lo humano» (31).

En otras ocasiones, sin embargo, Rodríguez Adrados no deja de recordarnos cuál es su campo de interés y, en consecuencia, cualquier acusación de eurocentrismo podría quedar invalidada: «Creo que el Río del que hablo tiene una coherencia y una ejemplaridad. Y que es “nuestro Río”, el que ha vivido de nosotros y nos ha hecho vivir, aunque a veces nos haga seguirlo por cauces secundarios» (46). Con seguridad, algunos mediterráneos descubiertos por la *world literature*, como el *Gilgamés*, provocarían en Rodríguez Adrados una sonrisa irónica, si no un sonrojo.

Y es que Rodríguez Adrados participa de esa noble tradición hispánica (mi segunda pregunta) que es la de los *comparatistes sans comparatisme*, fórmula acuñada por Roger Bauer que aquí ni puede ni debe ser entendida en un sentido despectivo, ya que es consecuencia de la historia institucional de la Literatura comparada en España. Baste pensar en autoridades que, desde su amplio saber filológico, han sido capitales para el desarrollo de la investigación comparatista en el mundo hispánico, tales como Alan Deyermond, Manuel Fernández-Galiano, Carlos García Gual, Fernando Lázaro Carreter, María Rosa Lida de Malkiel o Antonio Prieto, entre otros tantos. Y no menor, desde luego, ha sido el papel de muchos de ellos en la institucionalización de la disciplina en España a través de la SELGyC. Así, todos recordamos el bello artículo que el propio Rodríguez Adrados publicó en el tercer número del anuario de la SELGyC bajo el título de «Música y literatura en la Grecia antigua».

*El río de la literatura* es un título descriptivo no sólo de la materia que se discute, sino también de la materia con que se discute. Y ello porque Rodríguez Adrados nos presenta aquí, ajeno a ciertas modas críticas, la suma de su propia vivencia literaria. Así este libro es la plasmación de las teorías que el autor había expuesto en 2006 en *El reloj de la historia. Homo sapiens, Grecia antigua y hombre moderno* en lo que respecta, por ejemplo, a que «dentro de la Historia de la Humanidad Grecia representa un corte, el comienzo de algo nuevo» (117), que nos recuerda las tesis de Karl Jaspers, o en los trabajos recogidos en *Nuevos estudios de lingüística general y teoría literaria*. Hay ciertamente algo de eliotiano en el río de Rodríguez Adrados, una «tradicción» que, en la formulación del autor reseñado, está hecha de «elementos comunes y sus avances, seguidos a veces de retrocesos» (43). El mismo Rodríguez Adrados nos regala con *El río de la literatura* el fármaco contra esa crisis de las humanidades que discute en el cierre de su libro, ya que, en palabras de Kamo no Chomei (¿un escritor que no es de *nuestro* río?), «la corriente del río / jamás se detiene, / el agua fluye / y nunca permanece / la misma».

César Domínguez  
*Universidade de Santiago  
de Compostela*  
cesar.dominguez@usc.es